

# HEMOS DEMOSTRADO QUE SABEMOS COMPORTARNOS COMO EUROPEOS

La capacidad del español para cerrar los ojos o abrirlos, viendo la viga en el ajeno, pero no la paja en el propio, es uno de los hábitos más desconcertantes del país • A pesar de los asesinatos y los atentados, desde que se ha restablecido la Monarquía hay más justicia que antes

Querido director:

Qué es lo que tantas gentes, a las que (y no siempre con desagrado) uno escucha y les, entienden aquí por justicia, autoridad y orden, a mí me tiene perplejo.

Desde antiguo, a mí, señor director, me han tenido perplejo estos fenómenos que ocurren en nuestro país. Y que no ocurren en ningún otro de Europa, por medio de los cuales un grupo impreciso de palabras, metidas dentro de un envoltorio retórico que impide ver el contenido, se apodera de la razón y la tolerancia para convertirse en un artefacto sentimental explosivo.

Cuanto más irreal es el contenido del envoltorio, más fuerte el explosivo.

Yo soy, la verdad, más bien afortunado en las reacciones que suelo provocar en mis lectores sólo en las más raras ocasiones abusivas y que, por lo general, están saturadas de moderación, buen sentido y perspicacia casi siempre, pero, de modo especial, si no concuerdan con lo que yo dije. Sin embargo, cuando el otro día escribí sobre la "ikurriña", aunque yo creo que, visto a la luz del estado de ánimo actual de un europeo cualquiera, ponía las cosas de un modo razonable, solivianté a más lectores que yo me hubiera podido imaginar jamás. ¿Qué es lo que alegan los lectores?

Si alegaran que no hay más bandera que la roja y gualda nacional y sanseacabó; ya cosa tendría su fuerza lógica. Pero lo que alegan no tiene fuerza en la esfera de la razón y es ilógico.

Según muchos de mis comunicantes, si la "ikurriña" fuera la bandera vasca no habría nada que objetar a mi tesis, pero lo que hace mi tesis especialmente antipatriótica es que no es la bandera vasca, sino la del Partido Nacionalista Vasco; de modo que cuando yo condeno que la insignia de un partido sea colocada al lado de la nacional cometo un delito de claudicación por lo menos y, quizá, de traición.

leyendo las enervorizadas misivas con los enervorizados adjetivos, uno no puede menos de preguntarse, señor director: ¿pero es que estas gentes ya se han olvidado totalmente de que hasta hace sólo unos meses, hasta ayer mismo, y durante los cuarenta años del "glorioso Movimiento nacional", dos banderas de dos partidos, la de la Comunión Tradicionalista y la de Falange, han ondeado continuamente a ambos lados de la nacional, sin que nadie se rasgase las vestiduras o, mucho menos, calificase de traidores a los que entonces nos gobernaban?

## De un régimen autoritario a la convivencia democrática

La capacidad del español para cerrar los ojos o abrirlos según sus deseos o sus aversiones, viendo la viga en el ajeno pero no la paja en el propio, es quizá uno de los hábitos más desconcertantes del país y quizás aquel que más difícil va a hacer el paso desde un régimen autoritario a uno de convivencia democrática.

Lo que pasa con lo que aquí es llamado orden, autoridad y justicia, y la suficiencia, cuando no el gesto de rectitud, con que tantas gentes se dan ahora el do de pecho en nombre de las tres cosas, aunque mucho más importante, es algo similar a lo que pasa con la "ikurriña", querido director.

Ya que un grupo de terroristas profesionales, probablemente reducidísimo, procede a asesinar, asaltar, secuestrar a toda clase de gentes, lo mismo si se cuentan entre los más altos jerarcas de la vida nacional que entre abogados, agentes del orden o, sencillamente, custodiadores de bancos, de tiendas o empresas, toda la reacción que se le ocurre a no pocos españoles, entre ellos muchos de los que se sintieron tan identificados tanto tiempo con el antiguo régimen, es reprocharle al Gobierno de Su Majestad y a la Monarquía debilidad en cuanto a la justicia, dejazón en cuanto a la autoridad y timidez en cuanto al orden.

Naturalmente que los asesinatos, los secuestros y los asaltos son todo menos cosas agradables, y basta con escuchar por

la televisión al presidente o hablar con cualquiera de los ministros para descubrir que no es el Gobierno quien menos percibe la angustia de la situación.

¿Qué es, empero, lo que quieren los adoradores del orden, de la justicia y de la autoridad que haga el Gobierno ante la explosión terrorista? ¿Lo que quieren nuestros adoradores de las tres cosas es que salgan Adolfo Suárez, Alfonso Osorio y Martín Villa por las calles de Madrid, pistola al cinto, disparando sobre el que se les ponga delante? ¿Qué otra cosa puede hacer el Gobierno de Su Majestad si, empleando todos los recursos, todos los instrumentos policíacos que ha heredado del antiguo régimen, no ha podido detener todavía a ningún terrorista?

¿O es que aquello por lo que abogan nuestros tronantes profetas es por la resurrección de la ley de Fugas?

¿Para estrangular el terror del breve grupo de terroristas lo que quieren los profetas tronantes es que el Gobierno de Su Majestad restablezca aquí el terror en masa con que, durante la guerra civil, dominamos, cada bando, nuestras respectivas zonas y que, aún ahora, le pone la carne de gallina, cuando hablan del comunista, a nuestros santos varones del orden, la justicia y la autoridad?

A mí, señor director, me tiene tan alarmado que no puede tenerme más el terrorismo a pesar de, como ya he dicho en otra ocasión, sus pequeñas dimensiones (pero un terrorista es un terrorista de más).

## Hay más justicia que antes

Ahora bien, el hecho de que porque haya aquí terrorismo, como lo hay en Inglaterra, en Alemania o en Italia, haya que suponer que el Gobierno de Su Majestad carece de energía, me parece exagerado, como me parece exagerado lo que quieren los adeptos de la energía, lo que, al parecer, es que fusilen a alguien.

Pero si la Policía, de cuya destreza es absurdo dudar, y que no la ha forjado la Monarquía, sino que la ha heredado del régimen anterior, no ha podido, a pesar de sus esfuerzos, detener a uno solo de los terroristas, ¿a quién quieren los "duros" que el Gobierno mande fusilar?

Aunque soy, como todo ciudadano, partidario del orden, de la justicia y de la autoridad, yo no soy un hincha de ninguna de las tres cosas; pero si lo fuera, aún me sentiría más identificado de lo que me siento con la Monarquía y su Gobierno, querido director.

La razón es sencilla.

A pesar de todo, a pesar de los asesinatos, de los secuestros y de los atentados, la verdad de verdades es que aquí, desde que ha sido restablecida la Monarquía, hay más justicia que antes y, aunque tengamos todavía mucho que hacer en este aspecto, no es poco lo que hemos hecho ya suprimiendo algunas de las jurisdicciones especiales y devolviéndoles a los jueces muchas de sus prerrogativas. Tenemos más orden porque, aun teniendo más libertad, no nos respetamos menos que antes y, excepto la que aplican los terroristas contra todos nosotros, pocas veces, en un período de transición, han hecho menos uso de la violencia unos españoles contra otros. Tenemos más autoridad porque, al menos en nuestra vida cotidiana, hemos demostrado que no precisamos de una dictadura para saber comportarnos como europeos.

Si algunos españoles dudan de todo esto, consulte usted el testimonio objetivo de un europeo cualquiera y pregúntele qué España le parece mejor y le inspira a usted más simpatía, ésta o aquella. Los extranjeros no se dejan impresionar por los grupos imprecisos de palabras que aquí nos gusta envolver en retórica y ponerles un rótulo diciendo "explosivo", ni por el embudo con que nos gusta ver las cosas, el ancho para nosotros y el estrecho para los otros.

De usted amigo y servidor,

Augusto ASSIA